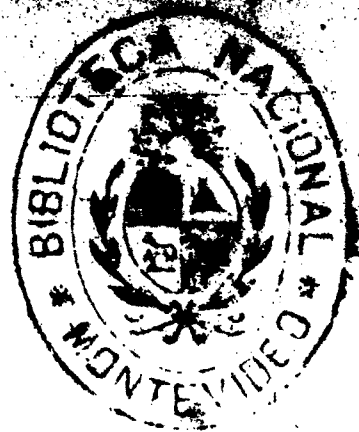


LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS



AÑO I—N.º 11

Montevideo, Junio 10 de 1900

TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

« SUEÑO DE ORIENTE »

He aquí que la tarde — una fría y tristísima tarde de otoño — agoniza en un crepúsculo gris y monótono como un infinito bostezo de ansiedad. He aquí que el cielo, cada vez más plomizo, parece desplomarse como una inmensa lámina de zinc combada, mientras que las nubes bogan cerca del suelo, á la manera de níveos vellones de algodón arrastrados por lánguidos soplos de melancolía.

Todo invita á meditar, todo llueve sobre el espíritu un gélido llanto de desolación; cuando he aquí que siento en los cristales de mi puerta un rápido y suave tamborileo, ejecutado sin duda por los sonrosados dedos de alguna mujer. Es alguien que me busca, y en seguida acudo pensando en quién sabe que personita deliciosa y amable, que viene á desvanecer la bruma de mi hastío con el embriagador aliento de la purpúrea flor de sus labios, y con el alucinador efluvio de sus ojos canallescamente volteados.

Abro la puerta estremecido por el voluptuoso influjo de afrodisíacos afanes, y hallo que me aguardan, trayéndome un presente discretamente velado en blanca cárcel de pápiro. Vago descon-suelo: penosa indecisión después, y, en breve, á raíz de un despiadado desgarramiento, dulces palpitaciones de placer que iluminan mi faz de tenues claridades de alegría, y estremecen mis labios en una nerviosa sonrisa de encantamiento.

Es que acaba de aparecer ante mis ojos el raro y maravilloso libro de Roberto de las Carreras, artístico vaso de esencias arrancadas á fabulosas flores de lascivia, á legendarias flores maceradas por yo no sé qué alambicados artífices de Montevideo, y que ostenta el llamativo título de *Sueño de Oriente*. Todo en este libro es de una rareza finamente aristocrática, de un sello de voluptuosidad artístico y refinado, y ni de una ingeniosidad perversamente pecadora; pero asimismo atrayente como un hermético sagrario de una divinidad inexplorada.

Aparece en una portada, hecha con un arte y una gracia inimitables, la fina figura de una mujer vuelta de espaldas, leve y elegante, vestida con un traje adorablemente ceñido á sus caderas de anfitriete, y cubierta con un sombrerillo de tul, vaporoso como un sueño. Anda lentamente, perezosamente, deslizándose suave como una euménide sobre la playa, ante la superficie especular del mar, sembrado aquí y allá de fugitivas velas lejanas.

Esta deliciosa mujer retrata á la heroína del libro de Roberto de las Carreras. Detrás de sus espaldas el poeta oprime entre los dientes la pipa humeante de opio, y se abandona como un visir á las fantasmagorías de un genio artísticamente concupiscente. Sueña que aquella dama — real y no forjada, según su propio decir — aparece ante sus ojos iluminada por el supremo prestigio de la mujer *única*, de la *única* mujer enteramente bella. Y es bella, en realidad, Lissette d' Armanville, pseudónimo con que el poeta disimula el verdadero nombre de la extraordinaria mujer á quien codicia, de la deliciosa mujer casada por quien experimenta el más formidable, el más devorador de los deseos que pueda calcinar jamás los huesos de un neurasténico y soñador.

Tal como Roberto de las Carreras representa á la heroína de su poema sensual, es esto algo supra-exquisito y voluptuosamente ideal. Primero, hace la descripción apasionada y vibrante de su cuerpo, de su impecable estatua de carne sonrosada que alucina como un hechizo y reverbera como una hostia. Cuenta los misterios de su belleza archiduca, canta la apoteosis de su joyante juventud, y es tal la iluminación de genio que palpita en su espíritu y se comunica á su estilo, que hay en sus decires algo como el perfume, algo como el malvado y sublime refinamiento de las

páginas en que Pierre Louÿs glorifica la efigie de Krysis, en aquel pornográfico libro *Afrodita*. Luego, de las Carreras se echa á soñar detrás de las espaldas de Lissette... Es breve, ese sueño, son pocas las líneas en que lo describe; pero de tal manera sabe el artista condensar en un discurso reducido sus ideas, que claramente se ve la manera augustamente señorial y refinada cómo se apodera del tabernáculo depositario de las gracias de Lissette.

Él es un artista, él es un aristócrata, gran caballero del placer, y experto como pocos en los complicados secretos de la sensualidad, sabe la mejor manera de abalanzarse á la posesión de una maravilla de arquitectura femenil, enloqueciéndola, persiguiéndola, acosándola con cariños enervadores y alucinantes, hasta verla desvanecida!..

Para aquellos rutinarios que viven enchalecados en las teorías y las prácticas de los tiempos pretéritos, para los clásicos ruborosos y los castos y pudibundos, como así también para los hipócritas que ofician de críticos de Arte y se tapan los ojos cuando tropiezan con el torso bellamente undivagado de una Diana cualquiera; para esos, repito, *Sueño de Oriente* será la nota artística más inmoral y afrentosa que hayan podido nunca imaginar en la estrechez alarmante de sus cerebros amorfos. Además, *Sueño de Oriente* no hace otra cosa que divinizar el culto del amor á la belleza plástica perfecta, y esto solo sería suficiente para arrancar á ciertos críticos convencionales, á Grandmontagne, verbigracia, el horrible calificativo de *panchista* para el autor.

Con esto y á pesar de todo, ¡cuán bella es la obra de Roberto de las Carreras! ¡Cuán bello su estilo, cuán poderosa y magistral su verba enflorada!.. Ningún mago de la paleta ni el más iluminado de los pontífices del pincel, creo yo que hubiera sido capaz de trazar en breves rasgos la figura original y maravillosa de Lissette d'Armanville. Por lo tanto, este artista que así logra hacernos estremecer ante un ritmo de caderas descrito por su pluma ante la persecución gráfica de un sueño oriental, es un artista que, aunque pecaminoso, peca por amar con toda el alma á la Belleza, y merece por ello un gajo de las coronas que la admiración á lo que tiene gracia coloca sobre las melenas de sus gloriosos precursores, llámense á éstos Byron, Richepín y Hussman.

Roberto de las Carreras: No tengo la honra de conoceros. No os he visto una vez, siquiera. Y en vano torturo en este momento mi cerebro, por imaginar cómo sois, cómo es la forma del vaso en que se guarda el supremo elíxir de vuestro espíritu. Sin embargo, como quiera que seais, rubio como Catulle ó moreno como Plácido, bello como Apolo ó cuasimodesco como Pan, sois mi hermano de neurastenia, sois mi hermano de ideales, y allá va el atronador murmullo de mis vítores á mariposear sobre vuestra frente de soñador de vagas Constantinoplas y lejanos Stambules!

Como vos, Roberto, amo en la mujer la línea curva, la línea curva y armoniosa, admirable de gracia y elegancia, que desciende á lo largo de un cuerpo gentil trazando colinas de alabastro. Amo la ondulación suave y firme; amo el movimiento flexible y lánguido de las caderas que tienen la erudición rítmica de las serpentinatas. Amo á la mujer que se asemeje á esa que habéis idealizado, y si no, no quiero nada!.. Por eso, desde el humilde rincón en que como á vos me consumen las frecuentes estéticas, desafío con todo el odio de mi alma á los fieros «maestro palmeta» de la crítica, y agitando desde este lado del Plata mi mano afiebrada, hágola estremecer como un presagio de bandera, y os mandó mi saludo!

Oscar Tiberio,

Argentino.